

DISCURSO

DEL LICENCIADO MANUEL A. PEÑA BATLLE, ACADEMICO CORRESPONDIENTE

SEÑORES:

I

Emiliano Tejera —como se ha dicho de Enrique José Varona— “era hombre de aliento firme y soterrado, de afilada paciencia, de temperatura científica, de fisonomía clásica” (1).

Afirmar ésto, simplemente, para establecer las líneas generales de un parecido entre uno y otro tipos humanos no nos llevaría a nada. Ese aliento, esa paciencia y esa temperatura no son más que las pruebas palpables, los caracteres externos, de una conducta de hombre que nos interesa examinar por su significación, por el puesto que ocupó en un momento de nuestra historia en que figuras de su tipo y de su estilo eran indispensables para poner frenos a las demasías de los imaginativos e impedir, también, que el lastre de los apegados a los sistemas establecidos fuera carga harto pesada para una nación como la nuestra que todavía no estaba completamente liberada de las tristes herencias del pasado colonial.

Esta conducta, que vamos a calificar de política por lo trascendente, tiene una extraordinaria significación que es necesario aprovechar porque —y este es uno de los mejores casos— hay vidas que sólo deben estudiarse tomando en cuenta lo que valieron y representaron, dejando a un lado todos los accidentes que son propios de las existencias vulgares y de los cuales no puede librarse nadie. En la vida de un hombre, sin que haya que hacer un esfuerzo considerable, puede hacerse abstracción de lo común, de las características que le circunscriben en un radio de acción idéntico para grandes y pequeños. Lo que salga de ese círculo y entre en las altas esferas es lo que los califica, y, justamente, en la vida de Emiliano Tejera hay mucho material, noble material, derramado y encauzado hacia lo que ya no es ordinario y habitual.

Queremos, pues, examinar, más que la vida misma de este hombre tan bien dotado, la significación de su vida, ahondar junto a las raíces por donde se nutrió su existencia, una existencia que merece estar en el sitio que la sociedad reserva a los arquetipos, a los que reúnen en sí mismos todas las virtudes y todos los pecados de los grupos en que se halla dividida la humanidad

(1) Juan Marinello, *Literatura Hispanoamericana*, Ediciones de la Universidad de México, México, 1939.

y que son, para comprenderlos en dos amplias definiciones, conservadores y reformistas.

Pero, y ésto es lo realmente extraordinario, él no perteneció ni a uno ni a otro bando, propiamente. Supo mantenerse entre ellos por uno de esos milagros de equilibrio espiritual que sólo se explican cuando quienes lo sostienen cuentan con condiciones superiores a las corrientes y molientes; cuando están dotados de luces nada comunes.

Su posición, para decirlo de una manera gráfica y por ello quizás más comprensible, es más bien que una fuerza la resultante de dos fuerzas que impelidas por los resortes de la ley del progreso, de una u otra manera, contribuyen al mejoramiento de la sociedad en que se producen. Su posición tiene, pues, una explicación física y más luego veremos que tiene, también, una justificación social.

Dijimos que realmente era extraordinario encontrar en su época y en nuestro país a un hombre colocado en esa postura y es así, si nó, recordemos que, por imperativos de clima y de raza —y de mezclas de razas— somos o terriblemente apasionados o decididamente desidiosos.— Los términos medios entre nosotros no se conciben y por ello cuando de buenas a primeras nos topamos con un hombre como Emiliano Tejera que es eso simplemente: término medio político, no nos queda más camino que sorprendernos. Pero esta sorpresa, para que sea útil, debe ser seguida por un movimiento de comprensión y más que de comprensión de deseo de interpretación. Vale decir: tras la sorpresa el ánimo debe prepararse para la investigación. No sólo debemos aceptar el hecho sino que es indispensable que busquemos y encontremos su génesis para seguir su desarrollo y su culminación.

Se ha dicho que nuestra tierra no es tan propicia, como debería, a la ecuanimidad; que sus frutos nunca llegan a la sazón, porque la pasión empuja a la pérdida y los amores al error. Una cabeza serena y una visión clara, en medio de la eterna batalla de los intereses, tiene que ser, si aceptamos que nuestra tierra es así, algo que nos demuestra que hemos tenido algunos hombres que no han perdido el sentido de la medida y que sobre él levantaron la hermosa y digna fábrica de una obra que está hecha para perdurar.



Para perdurar y para servir de enseñanza, porque a los hombres sólo puede convencerseles con lo que se palpa, con lo que aprécian los sentidos. Perderíamos miserablemente el tiempo si intentáramos establecer, sobre el simple conocimiento de una persona, sus excelencias. Hay que decir siempre: hizo ésto y aquello, y lo otro no lo hizo, pudiendo hacerlo, porque lo consideró perjudicial.

Si nos quedáramos -y ésta es otra posición posible- frente al espectáculo de una existencia como la que estamos examinando a la luz de la razón, serenamente, como meros espectadores cuya obligación termina cuando han concluido de aplaudir o de silbar y que se alejan con el corazón vacío y el pensamiento intacto, las mejores esencias de las grandes actitudes, de las vidas cimeras, se perderían irremisiblemente. Y todos, absolutamente todos, debemos velar porque no se pierdan, son parte, la mejor parte, de un legado que debemos guardar y defender de las iras de los iconoclastas y de la indiferencia de los sumisos.

Estamos obligados con el pasado y con el presente. Del pasado debemos tomar lo que las figuras centrales que en él se movieron nos ofrecen para que aumentemos el caudal de nuestras experiencias, para que sigamos acumulando esos bienes que reunidos se llaman cultura, para brindar al presente, a nosotros mismos, a nuestros hijos, al de aquí y al de allá, los materiales con que esas figuras trabajaron y aprovechar así su obra y poder exprimir de ella todas sus posibilidades porque nadie tiene derecho a creer que el tránsito de los hombres por el mundo, cuando han representado algo, puede quedar sin esa estela que sirve para seguir sus huellas, y ya sobre ellas, aprehender las angustias y las satisfacciones que tuvo su corazón.

I I

Entre esas dos posiciones de que hablamos al principio, esta tercera que señalamos, no sabemos por qué, no ha merecido nunca verdadera atención, por lo menos de parte del pueblo cuyo instinto aquí ha fallado un poco. Ello quizás se deba a que no es la mejor para las acciones brillantes, para deslumbrar.

Es muy posible que su ausencia de atractivos para las masas, porque tiene muy pocos, haya contribuido en mucho a que la gente no la escoja, porque muy pocos son los hombres de acción que, por propia determinación, echan una pared entre ellos y las masas -el pueblo- que son las únicas

que alimentan el fondo narcisista que alienta en todos los que tratan de sobresalir distinguiéndose de los demás.

Pero ésto, en rigor, nos importa poco ahora. Lo que nos importa es establecer la base de la posición intermedia y para ello lo primero que es indispensable hacer es comprender la función que corresponde a conservadores y a reformistas.

A los primeros les toca el papel del iastre; ellos deben evitar que las nuevas fuerzas con los poderosos resortes de que disponen, desenfrenen la marcha del mundo, que hagan posible el desquiciamiento de la sociedad que a una velocidad desmesurada perdería la cabeza y se estrellaría en donde menos se piensa.

A los segundos, a los reformistas, les incumbe impedir que los esfuerzos de los conservadores estaquen el natural desarrollo del progreso y que las instituciones y la organización de la sociedad, por falta de movimiento, se anquilosen y perezcan.

Unos y otros, sin embargo, y por olvidar que son parte de un mecanismo hacen todo lo que pueden por no encontrar resistencia. A veces los reformistas dirigen periodos revolucionarios y post revolucionarios— y otras, los conservadores mandan en épocas de estancamiento, de decadencias.

La humanidad sabe que para impedir los excesos de éstos o aquellos debe conservarlos a ambos, pero no ha querido ver que entre ellos hay unos terceros cuya misión es mucho más útil porque compensa las fuerzas, equilibra los impulsos, armoniza y acompasa la marcha de los hombres.

Puede que los hombres que han aceptado la posición intermedia, o centrista como se le llama, tengan un campo de acción limitado, por delante por los afanes de los reformistas y por detrás, por los de los conservadores. Ahora bien, esta limitación es, en sí misma, una defensa para la sociedad en que actúan, para la época en que viven. Se les ha llamado miopes y puede, a lo mejor, que sea ésto relativamente verdad, pero no hay que olvidar que más tropiezan los ciegos y los présbitas que los miopes, porque estos ven lo que está cerca, y la sociedad lo que necesita es que le resuelvan sus problemas inmediatos, los conflictos que están al alcance de su mano, que le quiten de delante los escollos que están inmersos en el aire que respira.

Esta posición, contrariamente a la de los extremistas, se alimenta, necesita de las otras; de ellas extrae los vitales jugos que la nutren, las luces con que se ilumina, las fuerzas con que rea-



liza su acción. De los imaginativos -núcleo central de los reformistas- toma lo adaptable, lo factible. De los tradicionalistas -que son el eje de los conservadores- respeta algunos de sus ideales, porque reconoce que no ha llegado la hora en que deben desaparecer o porque, simplemente, les parece que están bien en donde se encuentran.

Cuando los del centro dirigen, ni los conservadores ni los reformistas se sienten completamente desoidos. Tienen, pues, la ventaja de complacer a ambos, aunque ésta sea nada más que una complacencia a medias. Los beneficios que de aquí deriva la sociedad son muchos y muy apreciables, sobre todo cuando ésto se produce en pueblos como el nuestro que necesita la paz y el orden para poder realizar sus mejores sueños y para mantener, también, sus más hermosas tradiciones.

No debemos echarnos en brazos de hombres de imaginación febril ni en los de aquellos cuya cara está siempre vuelta al pasado y cuyas rodillas sólo se doblan cuando se habla de los tiempos que fueron. Prefiramos a los hombres fríos, a los temperamentos científicos, a los que tienen manos que no tiemblan cuando obran con esas substancias de que están hechas las grandes decisiones.

No olvidemos los momentos deplorables que habría que vivir si de pronto los espíritus conservadores se entronizaran junto a los timones del mundo, y los periodos de desasosiego que tendríamos que vivir si los reformistas, sin nadie que les detuviera y exigiera mesura y discreción, echaran manos de la fuente de energías de la humanidad.

Recordemos, para ilustrar lo último, lo que tan donosamente narra Saavedra Fajardo en "República Literaria" y que ahora nos servirá para demostrarnos que siempre se les ha temido mucho y éso que cuando aquel insigne escritor vivió el mundo no tenía, como hoy tiene, la enorme experiencia que hoy podemos aprovechar. "La confusión era notable, y los que antes del caso parecían prevenidos e ingeniosos, se hallaban en él inútiles para la ejecución de los remedios. Hiciéronse muchos consejos, en que entraron los senadores de esta ciudad y los cuatro grandes consejeros de estado, Platón, Aristóteles, Jenofonte y Cornelio Tácito; unos y otros estimados por varones insignes, y que en sus escritos se habían mostrado juiciosos y de acertadas máximas; pero habiendo de obrarlas, en esta ocasión se confundieron entre sí con la variedad de resoluciones que les ofrecía el inge-

nio, sin que el juicio se supiese afirmar en alguna de ellas, como gente ajena de la práctica, y sin experiencia de semejantes accidentes; y, si bien intentaron algunas defensas, fueron con medios tan impracticables, aunque parecían útiles, que luego se descubrió cuan inútiles serían, y cuanto yerran los que fian el gobierno público de ingenios especulativos y entregados a las ciencias, irresolutos y dudosos con la variedad de opiniones, pertinaces con la viveza de los argumentos, y peligrosos con la noticia de los ejemplos, pocas veces bien aplicados al caso presente; por lo que se mudan los accidentes con las mudanzas del tiempo, siendo los casos tan diversos entre sí como son los rostros." (2)

III

En la edad de los extremismos —pues esta edad nuestra sin duda que lo es— en un momento en que los hombres parecen haber olvidado que la mesura es una de las virtudes cardinales de aquellos cuyas vidas y obras están expuestas a los ojos de la gente, que encuentra en ellas, de manera voluntaria o involuntaria, ejemplo y guía, es necesario hacer justicia a quienes encarnaron en la tierra las excelencias de una posición, política y espiritual, mejor que cualquiera de las otras dos para combatir los males que acarrean a los pueblos los que creen que todo hay que reformarlo o que todo debe permanecer como ha sido siempre.

Los hombres del estilo de Emiliano Tejera deben servir para ejemplo de la juventud, que tiene que reducir la magnitud de sus sueños y pegarse un poco más de la tierra, que apenas pisan; y para que los perpetuos tradicionalistas —por no llamarles por otro nombre más duro— desentierren sus enmohecidos miembros y vuelvan los ojos a los cielos en donde ya el hombre encontró caminos y en donde siempre hallará esperanza.

Para Emiliano Tejera, por lo que significaron su vida y su obra, —a ellos nos obliga un sentimiento de elemental agradecimiento— debe haber una "morada libre de todo agravio", un sitio hasta donde no puedan llegar las palabras que dicta el egoísmo ni las flechas que todavía pueden lanzar, desde el lecho en donde agonizan las viejas pasiones, las antiguas disputas y las envidias trasnochadas que se aferran.

(2) Saavedra Fajardo, "República Literaria", Ediciones de "La Lectura", Madrid, 1922.

